



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 28 (2022)

EL VIAJE ROMÁNTICO EN CLAVE DE GÉNERO: CAROLINA CORONADO Y SU PASEO EUROPEO DESDE EL TAJO AL RIN

Helena ESTABLIER PÉREZ

(Universidad de Alicante)

<https://orcid.org/0000-0001-6503-367X>

Recibido: 13-1-2022 / Revisado: 23-3-2022

Aceptado: 28-3-2022 / Publicado: 25-11-2022

RESUMEN: En este trabajo se estudia una de las escasísimas muestras de literatura femenina de viajes durante el Romanticismo español: la serie de siete artículos publicados por Carolina Coronado en el periódico *La Ilustración* entre 1851 y 1852 con el título «Un paseo desde el Tajo al Rhin. Descansando en el Palacio de Cristal». A mediados del siglo XIX, ni las mujeres españolas daban aún excesivas muestras de la afición viajera que ya caracterizaba en aquel entonces a las europeas, ni su esquinada posición socioliteraria constituía un estímulo para dejar testimonio escrito de sus excursiones transpirenaicas. Carolina Coronado, sin embargo, viajó por Europa durante varios meses y se atrevió a contar públicamente su experiencia en las páginas de uno de los periódicos ilustrados más modernos del momento y en un género al que las mujeres españolas eran aún ajenas, lo cual constituye una afirmación intelectual y autorial femenina absolutamente inusual en nuestro contexto cultural de mediados del Ochocientos. Este artículo revisa las estrategias, recursos y negociaciones discursivas a través de los cuales ese ejercicio de autoridad de la poeta extremeña pudo encontrar su lugar en el ámbito de lo público —la prensa decimonónica española— para convertirse en una muestra única y singular de literatura romántica de viajes en femenino.

PALABRAS CLAVE: «Un paseo desde el Tajo al Rhin», Carolina Coronado, literatura de viajes, Romanticismo, escritoras españolas, prensa romántica, perspectiva de género.

THE ROMANTIC JOURNEY IN A GENDER PERSPECTIVE: CAROLINA CORONADO AND HER EUROPEAN TOUR FROM THE TAJO TO THE RHINE

Abstract: This work focuses on one of the very few examples of women's travel literature during Spanish Romanticism: the series of seven articles published by Carolina Coronado in the newspaper *La Ilustración* between 1851 and 1852 under the title «Un paseo desde el Tajo al Rhin. Descansando en el Palacio de Cristal». In the mid-19th century, Spanish women, unlike their European counterparts, still showed little inclination to travel and, moreover, their marginal socio-literary position was not an incentive to leave a written record of their few trans-Pyrenean excursions. Carolina Coronado, however, travelled around Europe for several months and dared to recount her experience in a literary genre unusual for Spanish women through the pages of one of the most modern illustrated newspapers of the time, which constitutes a female intellectual and authorial assertion that is absolutely unusual in our cultural context of the mid-1800s. This article reviews the discursive strategies, devices and negotiations through which Carolina Coronado's exercise of authority was able to find its place in the public sphere—the nineteenth-century Spanish press—to become a singular example of female romantic travel literature.

Keywords: «Un paseo desde el Tajo al Rhin», Carolina Coronado, travel literature, Romanticism, Spanish women writers, romantic press, gender perspective.

1. INTRODUCCIÓN

En julio de 1851, Carolina Coronado, acompañada por su padre, emprendía un viaje a Europa con el objetivo de visitar Francia, Inglaterra, Bélgica y Alemania¹ hasta alcanzar las riberas del Rin, quizá emulando en esto último el periplo del *Fray Gerundio* de Lafuente por Francia y los Países Bajos² o, mejor aún, evocando a un poeta profundamente admirado por ella, Victor Hugo, quien tras recorrer el curso de ese río en tres años consecutivos (1838, 1839 y 1840), había publicado poco más tarde y bajo forma de diario de viaje su conocida ficción epistolar *Le Rhin, lettres à un ami* (1842).

El cuaderno viático resultante del periplo de Coronado, «Un paseo desde el Tajo al Rhin. Descansando en el Palacio de Cristal», se publicó por entregas en el periódico universal *La Ilustración*³ unos meses después del viaje, entre el 27 de septiembre de 1851 y el 21 de febrero del año siguiente. Aunque en el título de la serie se anunciaba la intención

¹ Así lo indica Ángel Fernández de los Ríos en la nota biográfica que precede a la edición de 1852 de las *Poesías* de Coronado: «[...] de vuelta de un viaje que la señorita Coronado acaba de hacer por Francia, Inglaterra, Bélgica y Alemania, ha empezado a publicar con el título de *Un paseo desde el Tajo al Rhin descansando en el palacio de cristal*, una colección de cartas que contienen las impresiones recibidas al atravesar aquellos envidiables países» (Fernández de los Ríos, 1852: 3).

² Los *Viajes de Fr. Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin* de Modesto Lafuente se publicaron en dos volúmenes en 1842. El volumen II contiene un capítulo dedicado al Rin, que los protagonistas, Fray Gerundio y Tirabeque, navegan en vapor desde Düsseldorf a Colonia (Lafuente, 1842: 365-374).

³ *La Ilustración, periódico universal* fue una publicación semanal fundada y dirigida por el periodista, editor y político progresista moderado Ángel Fernández de los Ríos (1821-1880), quien ya era propietario del *Semanario pintoresco español* (desde 1847) y después dirigiría otros importantes periódicos de la época, como *Las Novedades*, pionero en imprimirse con maquinaria movida a vapor en España. *La Ilustración*, que se publicó entre 1849 y 1857, es considerado el primer periódico español de actualidades, ya que inició un nuevo concepto de periodismo ilustrado de estilo francés e inglés, incorporando numerosos grabados y dibujos de actualidad (Seoane, 1996: 178), como ocurría en *The Illustrated London News* o en *L'Illustration*. Sus artículos y crónicas, de temática variada, versaban tanto de actualidad española como extranjera.

de llegar hasta el Rin, así como de visitar la Gran Exposición de Londres,⁴ lo cierto es que el último de los artículos publicados se dedica todavía a las visitas parisinas de la autora. De su viaje a la capital británica tenemos noticia por otras vías,⁵ aunque no queda testimonio de él en *La Ilustración*, que, sin embargo, llenaba sus páginas en aquellas fechas de artículos sobre la Gran Exposición londinense; respecto al paseo por el Rin, si Coronado llegó a asomarse, como planeaba, a las aguas de aquel destino icónico del Romanticismo europeo, homenajeado en la prosa de Hugo y en los versos de Byron, Lamartine, Musset y Heine,⁶ entre muchos otros, el relato de esta etapa de su paseo europeo tampoco amenizó nunca el periódico ilustrado de Ángel Fernández de los Ríos.⁷

De hecho, el conjunto de artículos de la autora extremeña en *La Ilustración* incluye siete entregas acompañadas de bellísimos dibujos que siguen su recorrido por Burgos, Tolosa y Bidart (27/09/1851),⁸ Bayona, Biarritz, Burdeos, Poitiers, Tours y Orléans (11/10/1851), pero se centran fundamentalmente en los destinos parisinos: el cementerio del Père-Lachaise (03/01/1852), el Panteón Nacional (10/01/1852), las catacumbas (24/01/1852), la catedral de Notre-Dame (14/02/1852) y el hogar de Victor Hugo (21/02/1852).⁹ A lo largo de ese periplo, aunque Coronado también sepa cultivar en ocasiones su lado más escenográfico, paseándonos por parajes naturales —los Pirineos, las Landas, las orillas del Loira, etc.— y permitiéndose incluso la licencia de ofrecernos visiones estéticas y panorámicas de algunos de los lugares visitados poco habituales en la pluma femenina,¹⁰ lo cierto es que sus preferencias discursivas circulan por otros espacios más interiores y profundos, los «pisos bajos» de París, como ella misma indica (24/01/1852: 38); lugares, en suma, donde la ruina humana¹¹ se convierte en la mejor aliada para realizar una lectura de la historia tan propia

4 El Palacio de Cristal al que se refiere el subtítulo de la serie fue un edificio emblemático (*Crystal Palace*) de la Gran Exposición de los Trabajos de la Industria de Todas las Naciones, celebrada en Londres en 1851. Obra del conocido diseñador y paisajista británico Joseph Paxton, fue el primer edificio construido con módulos desmontables, en hierro y cristal.

5 Coronado se dirigió a Londres desde París, supuestamente acompañada por Victor Hugo y Lamartine, según testimonio escrito del que se convertiría en su marido unos meses después de ese viaje, Horacio Perry, y del embajador español en Francia, Juan Donoso Cortés (Pérez González, 1999: 180).

6 Véanse, por ejemplo, «The Castle Crag of Drachenfels» (1816) de Byron, «La Marseillaise de la Paix. Réponse à M. Becker» (1941) de Lamartine, «Le Rhin allemand» (1841) de Musset o «Und als ich an die Rheinbrück kam» (1844) de Heine.

7 Coronado había emprendido el viaje a Francia enferma, como ella misma señala en el primero de los artículos de la serie, publicado el 27 de septiembre de 1851 (Coronado, 1851-1852: 310). En otoño de 1951, a la vuelta del mismo, su dolencia —tuberculosis— se agravó y hubo de someterse a tratamiento, razón por la cual es posible que, si es que llegó a Bélgica y Alemania como pretendía, no lograra terminar la serie de artículos (Castilla, 1987: 101-102). Por otro lado, en febrero de 1852, coincidiendo con los últimos artículos publicados por *La Ilustración*, la autora conoció a Horacio Perry y ambos decidieron contraer matrimonio con gran premura, de manera que durante ese período su tarea literaria quedaría, con toda probabilidad, relegada.

8 Dado que todas las entregas se publican en diferentes números de *La Ilustración* con el mismo título, identificamos los artículos por la fecha en la que aparecieron en la revista.

9 Según explica Alberto Castilla en su biografía de la autora, además de a Victor Hugo, Coronado conoció en París a Musset, a Mérimée, a Lamartine y a Chateaubriand (1987: 91). De nada de ello, salvo del encuentro con el autor de *Notre-Dame de Paris*, deja, sin embargo, constancia en sus artículos.

10 En varias ocasiones a lo largo de su viaje, Coronado busca la contemplación estética de París desde las alturas (en su visita al Panteón o a Notre-Dame, por ejemplo), asumiendo una mirada panorámica sobre la ciudad que supone la asunción de una posición de poder. Como explica E. Bohls, las mujeres en el XIX no estaban consideradas como sujetos de la Estética, campo altamente elitista, organizado por principios de exclusión y distinción en razón del género, la clase, la nación y la raza. La contemplación desinteresada, general, ajena a lo particular y a lo vulgar, era una mirada estética propiamente masculina y relacionada con la sublimidad, principio del que estaban excluidas las mujeres por su género sexual pero al que, en muchos casos, se sentían afines por razones de clase social. Así, aunque su conciencia de clase las legitimaba a adoptar esta mirada estética y contemplativa en sus manifestaciones artísticas, al mismo tiempo su condición femenina las inducía a tomar posiciones discursivas de negociación (Bohls, 1995: 1-21).

11 La fascinación de Coronado (atracción/repulsión) por la muerte la destaca Valis (1991: 37).

como cargada de ideología, y convertir así este diario de viaje modestamente femenino en una lección y una advertencia para sus lectores nacionales.

Aunque la doble hazaña de Carolina Coronado —la viática y la textual— no tiene parangón entre las mujeres españolas de su tiempo, quienes, conforme avanzara el siglo, irían abriéndose a las experiencias transfronterizas más lentamente que en otros países (Wood, 2014), los artículos de viajes de la poeta extremeña han suscitado escaso interés crítico hasta el momento.¹² En las páginas que siguen, trataremos de profundizar en las estrategias y resortes discursivos que hacen viable esta muestra aún extemporánea de escritura femenina de viaje en nuestro país y que permiten a Carolina Coronado, a través de este género escasamente visitado hasta el momento por las españolas, realizar un ejercicio de autoridad que se superpone al crédito poético del que la autora ya disponía en el ecuador del siglo.

2. ALGUNAS CONSIDERACIONES PREVIAS SOBRE MUJERES, VIAJES Y ESCRITURA EN EL XIX

Sin duda, asomarse a la nutrida escritura de viajes de las mujeres europeas en la primera mitad del siglo XIX y a la profusísima literatura crítica que sobre ella viene produciéndose desde los años ochenta de la pasada centuria¹³ genera unas expectativas abocadas a la decepción, por no decir a la más absoluta desolación, cuando se trata de perfilar un somero estado de la cuestión centrado en el ámbito español.

Tan solo un vistazo a la magnífica base de datos de Benjamin Colbert sobre los textos de viajes producidos por británicas e irlandesas entre 1780 y 1840,¹⁴ que incluye más de dos centenares de testimonios de sus experiencias en dicho período, o a los numerosos ejemplos citados por Bénédicte Monicat (1996) y Nicolas Bourguinat (2008) en sus respectivos volúmenes sobre escritoras viajeras de lengua francesa durante los siglos XVIII y XIX, nos confirma no solo que las europeas se movieron —y no poco— en los años románticos, sino que, echándose el alma a las espaldas, desoyeron los imperativos socio-culturales de género que las aislaban por igual del viaje¹⁵ y de la literatura, y dejaron constancia escrita de su afán de itinerancia geográfica con cierta excepcionalidad pero con un tesón admirable para el adverso contexto en el que aquella se producía.

Las motivaciones y los fundamentos del viaje en femenino en las primeras décadas de 1800 fueron variados y desbordan con mucho la imagen algo excéntrica, por inusual,

¹² Véase, por ejemplo, Nunley (2014).

¹³ Sería tarea ímproba recoger aquí al detalle y sin omisiones ese sólido compromiso crítico, especialmente desde la Academia anglosajona, con la recuperación y el estudio de los productos textuales de las viajeras decimonónicas. Afortunadamente, desde los años noventa del pasado siglo, la investigación sobre la escritura de viajes ha ampliado su espectro para dar cuenta de cuestiones antes no consideradas, como la incidencia del género y la sexualidad, las geografías de poder, la recepción de los textos, etc., lo cual ha favorecido e impulsado el rescate de las fuentes y su estudio bajo un prisma renovado.

En tiempos muy recientes, de hecho, ha visto la luz un volumen editado por G. Adair y L. Filipova (2020) que actualiza las visiones críticas sobre el particular y cuya introducción, «Gendered Travel and the Genre of Travel Writing», contiene una bibliografía básica pero seleccionada y de gran utilidad (xxviii-xxx). También en las páginas 145-147 de Thompson (2017) se ofrece una bibliografía muy completa de los estudios publicados en los años noventa del pasado siglo y ya en el XXI sobre la escritura de viajes de las mujeres. Para una síntesis bibliográfica, también conviene consultar la introducción de N. Bourguinat (2008) al volumen *Le voyage au féminin. Perspectives historiques et littéraires (XVIIIème-XXème siècles)*.

¹⁴ *Women's Travel Writing, 1780-1840: A Bio-Bibliographical Database* muestra que en las décadas de 1820 y 1830 se incrementa notablemente la producción viajera de las mujeres británicas, pero también que en muchos casos sus textos no llegan al formato impreso.

¹⁵ El famoso Grand Tour dieciochesco era, como no podía ser de otra manera y salvo contadas excepciones (Dolan, 2001), una práctica pedagógica destinada a los únicos educandos posibles contemplados por el estatus quo, es decir, los hombres.

de aquellas mujeres rebeldes que recorrieron territorios inexplorados sin tutela masculina (Foster y Mills, 2002: 1-2), proporcionando la sustancia a partir de la cual se configuró el estereotipo de la viajera decimonónica. Lo cierto es que las mujeres se trasladaron en muchas ocasiones en posiciones subordinadas o de dependencia; a veces lo hicieron por obligaciones familiares, otras por puro ocio, y mucho más a menudo siguieron rutas turísticas establecidas que se embarcaron a tumba abierta en expediciones por territorios exóticos e incógnitos. Sea como fuere, lo esencial es que, aun siendo la movilidad una ambición problemática para ellas, puesto que desafiaba la rígida asignación sexual decimonónica de las esferas de lo público y de lo privado, las constricciones de género que operaban sobre las mujeres no constituyeron un disuasorio lo suficientemente firme para impedirles viajar y, sobre todo, contarlo.

Partiendo de la consideración de que, por regla general, en el siglo XIX la literatura de las mujeres queda fuera de la norma cultural para configurarse como una otredad, la que corresponde a la escritura no masculina (Bieder, 2001: 98), y aplicando a los textos escritos por ellas las aportaciones teóricas de Porter (1991) sobre el concepto de transgresión en la escritura de viaje europea, podemos perfectamente postular sus producciones discursivas como resultados de un triple movimiento transgresor, en tanto en cuanto: (1) dan testimonio de un atrevimiento femenino —el de traspasar el perímetro del hogar con sospechosas intenciones ambulantes— claramente discordante de las características sexuales atribuidas a las mujeres por la ideología de género decimonónica; (2) legitiman la invasión de los espacios públicos tradicionalmente reservados a los hombres; y (3) suponen la colonización de un territorio textual —diarios, relatos, cuadernos y relaciones de viaje— de casi exclusiva titularidad masculina.

Las razones que facilitaron el que las mujeres del Ochocientos se adentraran doblemente en territorio ajeno —el del viaje en sí y el de su textualización— son variadas. En una época la que el género sexual moldeaba, aún sin pudor ninguno, el género textual (Siegel, 2004: 9), adjudicando a unos y a otras, con escaso margen de negociación, formas, miradas y temas literarios considerados acordes con sus respectivas identidades masculina y femenina, la nueva valoración decimonónica de la subjetividad, de la experiencia personal y de la sensibilidad estética que la acompañaba, y su incorporación a formas discursivas como la escritura de viajes,¹⁶ abrían sin duda una vía para la participación en ella de las mujeres, pues legitimaban modalidades de relato de menor peso erudito donde la femineidad podía no ser un obstáculo insalvable. En cualquier caso, el valor pedagógico, informativo, empírico e intelectual que aún se le demandaba a la escritura de viajes en sus formulaciones dieciochescas y en las de los albores del XIX, continuaba avalando el estatus cultural del género,¹⁷ de manera que es comprensible que la perspectiva de hacerlo suyo fuera especialmente apetecible para las mujeres, quienes, en virtud de su limitado acceso al ámbito editorial y su exigua autoridad en cualquiera de los campos asociados a la razón y al conocimiento, podían ver en la escritura de viaje un medio legitimado para entrar en asuntos en los que su influencia era nula y su intervención escasamente aplaudida.

Conviene señalar que al convertir al autor/narrador en una instancia decisiva, el Romanticismo no solo dejaba, como señala Albuquerque (2011: 28), su impronta en el

¹⁶ Los primeros ejemplos son aún setecentistas. El modelo más reconocido es, desde luego, *A Sentimental Journey through France and Italy* (1768) de Sterne, pero en nuestro ámbito nacional también se observa ese viraje hacia la presencia de lo emotivo y lo personal en el viaje a finales del XVIII en textos como los moratinianos *Apuntaciones sueltas de Inglaterra* (1792-3) y *Viaje a Italia* (1793-5). (Ver Comellas, 2014: 115-120).

¹⁷ Como señala Comellas, «Durante algún tiempo convivieron las formas más objetivas de los libros de viajes destinados a servir de guía práctica o la instrucción histórico-geográfica, y el género de los libros de recuerdos de viajes como una variante más íntima, subjetiva y privada», aunque «Acabarían imponiéndose las relaciones de la experiencia subjetiva del viaje» (2014: 119-120).

género, sino que sembraba el terreno para la búsqueda de la autoridad femenina en el campo literario. De esta manera, escribir el viaje, además de constituir una estrategia subversiva de las mujeres ante la posición de marginalidad intelectual y cultural asignada, se revelaba como un camino hacia la visibilidad y hacia la afirmación de la identidad de género (Bourguinat, 2008: 8), así como una forma de habilitar su propia autoridad en diversos campos. Es precisamente esta asunción de autoridad la que llegó a permitir que algunas, como bien vio Frawley para las británicas (1994), establecieran también una identidad profesional, y pese a su exclusión de las redes académicas, lograran publicar textos especializados en dominios como la historia, el arte, la etnografía, el orientalismo, etc. Al mismo tiempo, la convicción de que, sobre un más allá geográfico, en su producción literaria operaba de forma más o menos explícita pero indefectible «un más allá textual» que las alejaba de la escritura (Monicat, 1993: 3) o las sometía a presiones y restricciones discursivas (Mills, 1991: 5), llevó a estas autoras a posiciones de negociación constante entre los elementos textuales recomendables a tenor de su condición sexual y su voluntad de insertarse en una tradición de escritura de viaje en la que, pese a todo, no acababan de reconocerse como sujetos autoriales de pleno derecho.¹⁸

Es esta ambivalencia la que explica la presencia en sus textos de una doble voz, un doble registro autorial que les permite simultáneamente exhibir autoridad y mantenerse dentro de los confines de la feminidad canónica (Thompson, 2017) y que se manifiesta en los diferentes niveles de la composición discursiva: en las autojustificaciones que enmarcan e introducen los textos, en la selección de la materia descrita —con incidencia expresa en el ámbito privado, o en la observación de *las otras* desde la conciencia de su propia *doble diferencia*, diferencia respecto de los hombres y de las mujeres convencionales (Bassnett, 2002)— y en los propios moldes elegidos para vehicularla, con preferencia por aquellos considerados más adecuados para la expresión de la subjetividad y alejados del rigor expositivo, científico o erudito, como epístolas, diarios, memorias, apuntes, relatos, etc. (Bourguinat, 2008: 13), que ya venían de la tradición de escritura de viaje del siglo anterior.¹⁹

Evidentemente, a la hora de valorar la presencia del cuaderno de viajes de Carolina Coronado en el periódico *La Ilustración* durante los últimos meses de 1851 y los primeros de 1852 —hecho que supone la existencia de un público lector, si no entusiasmado con esta correría femenina allende los Pirineos, al menos sí aquiescente con ella— y de estudiar los planteamientos que emergen de los propios artículos, sería difícil obviar estas duplicidades, tensiones y negociaciones permanentes entre la escritora, consciente de la autoridad que le confieren su preparación intelectual, su reputación en el mundo de las letras²⁰ y su medio sociofamiliar, y la mujer que, para conservar su fama literaria y a su público, ha de seguir mostrando a través de su escritura cómo, pese a sus devaneos con la pluma y a sus merodeos extradomésticos, se mantiene fiel a los estándares de la ideología sexual de su tiempo.

El caso de Carolina Coronado es, no obstante, excepcional en el marco de la literatura nacional de mediados del siglo XIX. Las españolas, de hecho, no dispusieron de las

¹⁸ Explica Thomson que la escritura de viaje es un escaparate de la masculinidad, «a rite of passage from boyhood to adulthood» a través de diferentes formas de autodidactismo heroico (2011: 174). De este club iniciático para hombres fundamentado en la experiencia viajera quedaban lógicamente excluidas las mujeres, cuyo lugar era la casa.

¹⁹ Recuérdese, por ejemplo, en nuestro ámbito cultural, el *Viaje a Italia* (1793-1796) de Moratín.

²⁰ Para mediados del siglo, Coronado ya había publicado su libro de *Poesías* (1843), prologado por Hartzzenbusch, con bastante fortuna, y su nombre comenzaba a aparecer frecuentemente en revistas conocidas, como el *Semanario Pintoresco Español*. En 1848, además, había sido homenajeadada por el Liceo madrileño ante la flor y nata literaria de su tiempo: Mesonero Romanos, Hartzzenbusch, Ventura de la Vega, Campoamor, Pastor Díaz, etc. (Pérez González, 1999: 123-126). Precisamente en el año en el que emprende su viaje, 1851, estaba preparando una nueva edición ampliada de sus *Poesías*, que se publicaría al año siguiente con el conocido prólogo de Fernández de los Ríos.

oportunidades para viajar alrededor del globo que los imperialismos europeos, especialmente el británico y el francés, proporcionaron a sus mujeres, y desde luego, ni la rígida ideología de género peninsular garantizaba la independencia económica e individual y la aceptación social necesarias para emprender una aventura de esta índole, ni la esquinada posición femenina en el campo literario auspiciaba la tarea de contarla por escrito, razones que justifican la escasa implicación de nuestras románticas a la hora de dejar testimonio textual de sus experiencias de viajes. Además, aun cuando proliferaron en la prensa española las secciones dedicadas a las relaciones de viajes,²¹ y pese a que, como bien explica Ana María Freire citando a Mesonero Romanos,²² lo fundamental en el viaje romántico era contarlo (2012: 68), el género no fue extraordinariamente profuso en nuestro país, si lo comparamos con el nutrido testimonio que en esos mismos años dejaron de sus experiencias españolas los trotamundos extranjeros. No quiere ello decir, por supuesto, que entre nuestras relaciones de viajes de tiempos románticos no hayan quedado excelentes testimonios de la movilidad geográfica —fundamentalmente europea— de los escritores nacionales,²³ pero en todo caso, esta cortedad global en términos cuantitativos contribuye también a explicar la casi total ausencia de nombres femeninos entre los ejemplos disponibles.

Lo cierto es que, salvo Carolina Coronado, ninguna otra escritora de su tiempo publica con asiduidad en la prensa sus impresiones o recuerdos de viaje,²⁴ y mucho menos en volumen. Desde esta consideración, por tanto, sus artículos en *La Ilustración* constituyen un hito en la configuración romántica del género de viajes, donde, a diferencia de otros como la poesía, la narrativa o la epistolografía, por ejemplo, las experiencias y las miradas femeninas no tenían aún un espacio propio a mediados del XIX. Aunque esta aventura transnacional de la escritora extremeña pueda sin duda tener su interés desde una perspectiva autobiográfica como la que popularizaron los estudios más tempranos sobre escritoras viajeras, no será este nuestro objetivo en las páginas siguientes, así como tampoco lo será únicamente el de identificar y categorizar, a través del cuaderno de la poeta extremeña, las diferencias propias de la escritura del viaje en femenino; más allá de todo ello, y en línea con las miradas actuales sobre la escritura del viaje por parte de las mujeres (Siegel, 2004; Bird, 2015; Adair y Filipova, 2017), trataremos de contemplar las peculiaridades de género del texto de Coronado siempre en relación con otras categorías de análisis que interactúan con esta y la determinan —clase social, autoridad literaria y cultural, condicionantes geográficos etc.—, es decir, desde una perspectiva más amplia

²¹ Sobre esto, véase García Romeral (1993).

²² Como sabemos, el *Español fuera de España* ya había sido consolidado como un *tipo* nacional por Mesonero Romanos en *Los españoles pintados por sí mismos*, donde afirmaba lo siguiente: «El *Español fuera de España* forma pues ya un tipo aparte en nuestra sociedad moderna, tipo bastante común para que salga de las condiciones de una mera excepción» (1843, II: 443).

²³ No es necesario citar aquí todos ellos, pero los *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 y 1841* (1841) del *Curioso parlante*, que, como señala Díaz Larios, se convirtieron en referencia obligada para los posteriores cultivadores del género (1996: 115), fueron seguidos por muchos otros, como *Viajes de Fr. Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin* (1842) de Modesto Lafuente, *Diario de viaje* (1844) de Enrique Gil y Carrasco, *Viaje al Vesubio y Viaje a las ruinas de Pesto* (1844) del Duque de Rivas, *Itinerario descriptivo, pintoresco y monumental de Madrid a París* (1845) de Ángel Fernández de los Ríos, *La maravilla del siglo, cartas a María Enriqueta, o sea Una visita a París y Londres durante la famosa Exhibición de la Industria Universal de 1851* (1852) de Wenceslao Ayguals de Izco, *Cartas desde Rusia* (1856-7) de Juan Valera, *París, Londres, Madrid* (1861) de Eugenio de Ochoa, *De Madrid a Nápoles* (1861) de Pedro Antonio de Alarcón, etc. Para la bibliografía de viajeros españoles en tiempos románticos, ver García-Romeral (1993) y Ortas Durand (2005).

²⁴ Fernán Caballero publica cuatro artículos basados en las cartas que escribió a su madre durante su viaje por Europa en 1836, unos meses después del fallecimiento de su segundo marido, el Marqués de Arco Hermoso. Estos artículos, que recogen tan solo cuatro episodios concretos de su viaje por Portugal, Inglaterra, Bélgica y Francia, van apareciendo en la prensa de forma discontinua entre 1851 y 1857 (ver Wood, 2014: 43-68).

que nos ayude a comprender y visibilizar mejor las tensiones autoriales a las que se ven sometidas las escritoras decimonónicas y, en particular, la que aquí nos ocupa.

3. «UN PASEO DEL TAJO AL RHIN»: DEL CORAZÓN DE LA VIAJERA ROMÁNTICA HACIA LA AUTORIDAD INTELECTUAL.

«Un paseo del Tajo al Rhin» es prueba fehaciente de que, como señala Monicat, la escritura de viajes de las mujeres en el XIX está situada en la intersección del género literario y de la identidad sexual (1996: 4). Sin embargo, esta interdependencia entre géneros de distinta naturaleza (literaria el uno, sexual el otro) permite explicar solo parcialmente la vacilante posición autorial que mantiene Coronado en su texto, donde la exhibición de autoridad discursiva se alterna con el despliegue de estrategias textuales destinadas a enmascarar este ejercicio de empoderamiento femenino y a mitigar su obvia excepcionalidad en el marco de un género literario escasamente visitado hasta el momento por las escritoras españolas. Solo la incorporación de otras variables, como la reputación literaria o el medio social de Coronado, consigue dar respuesta a las aparentes contradicciones de su diario de viaje —sucesivos avances y repliegues— en cuanto a la posición discursiva adoptada por este sujeto autorial, distinto por su género sexual de otros que en aquellos mismos años contaban por extenso sus experiencias transfronterizas.

Conviene señalar que las citadas estrategias de neutralización de la singularidad de este producto textual femenino confluyen en la construcción discursiva de una determinada imagen autorial, probablemente la única susceptible de legitimar en la España de mediados del XIX la publicación con firma de mujer de un texto como este: la imagen de una genuina viajera romántica cuyas experiencias —la del viaje y la de la escritura de este— están articuladas a partir de y a través de su género sexual.

En este sentido, no es casualidad, obviamente, que la autora abra la narración de su periplo europeo con una breve carta dirigida a su hermano Emilio, cuyo contenido, además de enmarcar paratextualmente el relato y de establecer el paradigma enunciativo —epistolar, y por tanto, íntimo— en el que este se insertará, cumple varias otras funciones imprescindibles para la práctica femenina del «decoro de lo indecoroso» (Siegel, 2004: 3), es decir, para mantenerse, pese al innegable desafío literario, dentro de las convenciones propias de la escritura de las mujeres:

1- Atenúa la excepcionalidad de su propia empresa al normalizar el viaje, presentándolo como una muestra más de la vocación ambulante que caracteriza su época:

Voy, Emilio, a emprender un viaje que llamo paseo, porque en una época de movimiento como la nuestra, en que se va a San Petersburgo como antes se iba a Carabanchel para tomar el fresco; en una época en que se embarca para la China un aficionado al buen té por el solo capricho de beber una taza con su aroma primitivo, sería pomposo el título de viaje, aun cuando me propusiera recorrer toda la Europa. (27/09/1851: 310).

2- Rebaja el estatus de la experiencia viática, acogiéndose tanto en el título como en la presentación de su texto a la modalidad decimonónica del «paseo literario»²⁵ (véase la cita anterior) y huyendo de cualquier pretensión erudita o intelectual mediante la cate-

²⁵ Como explica González Troyano, el «paseo literario» trata de «dar cuenta de un objetivo y de un horizonte más bien cercano, limitado y familiar para el narrador» (2005: 153).

gorización de su contenido como «impresiones» personales: «[...] entonces» —le explica la autora al joven Emilio— «volverás a leer mis cartas, y recordarás mis impresiones, y las renovarás en tu corazón» (27/09/1851: 310).

3- Justifica con razones íntimas —emocionales y, por ende, *naturalmente* femeninas— tanto el viaje como su relato. En prevención, posiblemente, de que la necesaria condición de «paseo» pudiera revestirlo de cierta autocomplacencia o hasta evocar la *huida* romántica de tipo iniciático, inasumibles ambas para el sujeto autorial femenino, Coronado cuida de fundamentar su viaje en motivos comprensibles y aceptables para los lectores, como los familiares —obligación fraternal— y los *terapéuticos*²⁶:

Ni este paseo lo escribiría tampoco, si no pensara dedicártele a ti, para quien tiene únicamente importancia que yo cruce el Tajo [...] en tanto que tú permaneces a las orillas del Guadiana. Todo el mundo va a Francia, a Inglaterra, a Bélgica, a Alemania, y maldita la novedad que tiene hablar de sus capitales; pero tú, Emilio, no has visto sino a Badajoz y a Botoa y debes oír con interés la descripción de estos países. (27/09/1851: 310).

Llevo conmigo una pena que me abruma... No sé si es porque me siento enferma y por la primera vez en mi vida voy a viajar y a viajar sin nuestra madre... (27/09/1851: 310).

Desde luego, este «paseo» europeo de Coronado, textualizado en forma de impresiones íntimas, responde sin holguras al posicionamiento romántico ante la escritura del viaje, que se focaliza, como señalamos anteriormente, en la expresión de la propia subjetividad y en la proyección literaria de la huella interior que dejan los espacios visitados y las gentes que los pueblan. Sin embargo, el afán con el que la autora se empeña en *desintelectualizar* la experiencia viajera y la literaria para trasladar constantemente el foco de atención al plano emocional, a las impresiones de su propio yo femenino, no solo consiente sino que exige una lectura en clave de género, capaz por tanto de identificar en la literatura española del Romanticismo nuevos espacios de legitimación textual de la experiencia de las mujeres, más allá de los que están ya articulados críticamente.

El cuaderno de viaje de Carolina Coronado se presenta, en primera instancia, como un itinerario íntimo, que la autora transita en paralelo al recorrido geográfico, pero que en última instancia revela, más allá de la fisonomía de los lugares visitados, las sensaciones, emociones e impresiones que el hecho mismo de viajar y de enfrentarse a nuevas experiencias vitales provoca en ella.²⁷ Todo cuanto va encontrando en su periplo desde

26 El viaje terapéutico es, como señala Wolfzettel (2005: 15), un motivo clásico para combatir, por ejemplo, la melancolía. En varias ocasiones se refiere Coronado a su misteriosa «dolencia», que parece mejorar con el alejamiento geográfico: «Mi dolencia ha desaparecido desde que respiro este aire puro y tibio», dice en Tolosa (27/09/1851: 311).

27 Traspasar las fronteras nacionales implica, para un espíritu crítico como el de Coronado, la necesidad de confrontar la realidad y la cultura autóctonas con la otredad de la civilización europea. En este punto, los objetivos de su viaje son, a grandes rasgos, muy similares a los que se observa en los testimonios de otros viajeros románticos: el acercamiento a Europa, siempre desde su relación con España, como forma de autoconocimiento nacional (Peñate Rivero, 2011: 265). Desde esta perspectiva, la autora extremeña se alinea con otros escritores de viajes de su tiempo (Mesonero, Ayguals, Lafuente), que, independientemente de su compromiso ideológico, «viajan con el deseo de enseñar después a sus compatriotas, más que el localismo de unas costumbres, las ventajas materiales de la sociedad que ha iniciado ya el camino de la industrialización» (Díaz Larios, 1996: 116). Al tiempo, a Coronado esto le acarrea también un reto íntimo, el de hacerse —o no— permeable a lo nuevo, y quizá transformar la propia identidad para siempre:

No sé cuáles serán las emociones que me esperan en las cortes que voy a visitar, ni sé la influencia que ejercerán en mi ánimo los adelantos de Europa cuando me lance en las entrañas de su civilización [...]

Extremadura a París se mide en función de sus expectativas y sus conocimientos previos, y en la misma medida, todo se modela a través de apreciaciones personales y de huellas emocionales, de distinta magnitud según el alcance de la materia concernida, pero siempre compatibles por la naturaleza femenina de quien las convierte en relato de viaje: se altera, por ejemplo, en Tolosa al ver a las mujeres vascas empeñadas en rudos trabajos físicos (27/09/1851: 310); ya cruzados los Pirineos, en Bidart la conmueve el océano inmenso, tumba de aquel celebrado Alberto de sus poemas primeros (27/09/1851: 311); le causan pavor las momias de los subterráneos bordeleses de San Miguel²⁸ (11/10/1851: 323) y sus sentidos se perturban al visitar la tumba del «ilustre poeta español», Leandro Fernández de Moratín, en el cementerio Père-Lachaise de París (03/01/1852: 6); le sorprenden los usos viajeros del país vecino, donde individuos y animales comparten transporte (11/10/1851: 326); se extasia al contemplar los aledaños del Loira (11/10/1851: 326); la embarga la emoción, desde lo alto del Panteón, a la vista de la magnitud de la urbe parisina (10/01/1852: 18); el desconsuelo la invade ante los resultados de la rehabilitación de Notre-Dame (14/02/1852: 66); le impacta sobremanera la ignorancia de Victor Hugo acerca de nuestros insignes maestros románticos (21/02/1852: 78-79); etc.

Al hilo de las emociones, también el componente afectivo se hace constantemente presente en el viaje y en el discurso de Coronado. Se materializa, por ejemplo, en la intimidad de ese diálogo *in absentia* que la autora mantiene a lo largo del relato con su hermano Emilio, y también lo hace en algunos episodios, como el de la visita al hogar de Victor Hugo, donde el ritmo frenético del recorrido público disminuye para hacer incursión en el ámbito de lo privado y adquiere un tono mucho más íntimo.²⁹

De esta manera, a través de su cuaderno de viaje, la autoridad emocional femenina asumida ya por Coronado en su expresión poética y celebrada por las instituciones socioliterarias de su tiempo, se traslada también a un género como este otro, ajeno aún en nuestro país a la experiencia de las mujeres, pero más abierto que antaño a ellas en virtud de sus nuevas singularidades de origen romántico —valoración del subjetivismo, la perspectiva íntima, las impresiones personales, etc.

Sin embargo, como vamos a ver, el avance de la escritora hacia nuevos espacios de autoridad discursiva sobrepasa el plano afectivo-emocional para alcanzar otros dominios también vinculados a la experiencia viajera, pero menos esperables en una mujer que aquel. Así, aun cuando el encuentro con la alteridad transfronteriza implica la actualización y el contraste de realidades y de conocimientos e invita a la reflexión intelectual, al ejercicio racional y al posicionamiento ideológico, Coronado no los evade, como quizá cabría esperar de un sujeto autorial consciente de las limitaciones textuales determinadas por su género sexual; bien al contrario, más allá de que la *humilitas* y la autominusvaloración

Cuando vuelva a estos sitios ¿estará mi corazón tan lleno con lo que haya visto como lo está ahora con lo que espera ver?

Voy a ver países donde hay grandes maravillas. ¡Dios mío! Que en mi alma no se debilite con los viajes ni la fe que tengo en la cruz ni el amor que le tengo a mi patria! (27/09/1851: 311).

²⁸ La truculenta visita a las momias de Burdeos —expuestas desde 1790 hasta 1979— fue una parada obligada de muchos periplos románticos, como muestran, por ejemplo, el relato del viaje realizado en 1843 entre Burdeos y Biarritz por Victor Hugo, autor muy admirado por Coronado, o «Un cauchemar» de Gautier.

²⁹ En el último de los artículos publicados por *La Ilustración*, la autora ofrece una estampa absolutamente doméstica y familiar de Victor Hugo, amenizada por conversaciones variadas —vestuario femenino, literatura, situación actual de España— pero sin pretensiones intelectuales. Su voluntad parece más bien la de recalcar en los detalles, en la faceta personal del poeta, en el entorno humano de un mito literario desde una perspectiva emotiva. De hecho, el episodio finaliza con una cálida despedida que incluye un presagio del poeta («[...] acaso no esté distante el día en que yo tenga que buscar hospitalidad», 21/02/1852: 79) que, como sabemos se cumpliría apenas unos meses después de la visita de Coronado, con el Autogolpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte en diciembre de 1851 y el exilio de Victor Hugo en Bélgica.

intelectual asomen recurrentemente a lo largo del relato —textualizados por lo general en forma de reconocimiento explícito de la propia incapacidad para tratar ciertos temas o verter determinadas opiniones—, su voz no queda en ningún momento silenciada.³⁰ Y lo que dicha voz muestra, más allá del recurso a la modestia, es la presencia de una autoridad textual en asuntos que exceden el ámbito de lo privado, perfectamente interiorizada y apoyada por partida doble en una firme ideología de clase y en la conciencia de la propia solvencia intelectual para abordarlos; una autoridad, de hecho, tan acreditada que le permite, entre otros recursos, someter a contraste continuo la realidad actual de Francia y de España, valorar y comentar episodios pasados y recientes de la historia nacional, echar mano, con cierto regusto costumbrista, del humor, la caricatura y la sátira para mostrar los nefastos frutos de la ideología en el país vecino, o incluso traer al discurso, cuando lo estima oportuno, el refrendo de su propio conocimiento y de sus lecturas previas.

Las reflexiones de tinte histórico-político, de hecho, son numerosas a lo largo de los diferentes artículos. En ellas Coronado expresa su desconfianza hacia los principios ideológicos del país que visita,³¹ cuya culminación se encuentra en los movimientos derivados del proceso revolucionario del siglo anterior, y defiende con gran entusiasmo las bondades de trono y altar. Cualquier ocasión le es propicia para cuestionar los valores de la República francesa, alejados de la auténtica realidad del país, o para degradar su intención y alcance, aplicándolos a situaciones ridículas de la vida cotidiana.³² La Revolución se trasluce, en el análisis de la autora, como fuente de la que manan todos los males de Francia: la impiedad, el socialismo, el comunismo y el asociacionismo.³³ Así, aparece una y otra vez en los artículos como un fantasma del pasado que amenaza también la realidad presente, tal como explicita con bastante indignación en el relato de su visita a las catacumbas de París, al encontrar allí una «tumba de la Revolución»: «Indudablemente han querido demostrar que la revolución quedaba enterrada; pero esto es del todo falso. Lo que han

30 Lo observamos perfectamente, por ejemplo, en su visita a la sinagoga de Bayona, desencadenante de una amplia digresión sobre las diferentes religiones, con especial hincapié en la judía, que le suscita bastante animadversión por ser una posible rival de la católica. En ese punto, tras haber justificado por extenso la expulsión del pueblo judío decretada por Isabel la Católica, repliega cautamente sus velas: «Cuestiones son estas muy graves para mí y a las cuales me ha llevado involuntariamente la visita a la Sinagoga. Una vez fuera de ella, abandono a los judíos a su buena o mala suerte, y dejo para los sabios el discutir si se hizo bien o mal en expulsarlos de España» (11/10/1851: 322).

31 «La Francia, patria del regicidio, fue la patria del perverso *Ravaillac*, que dio espantoso ejemplo de odio a los reyes, de irreverencia a Dios» (14/02/1852: 66).

32 El espectáculo de miseria y atraso que se le ofrece al atravesar las Landas le suscita el siguiente reproche: «[...] ¡Pero un pueblo como la Francia! Que es tan civilizado, que es tan perfecto, que se atreve a escribir a la entrada de sus puertas *Liberté, égalité, fraternité*, ¿cómo se atreve a tener desiertos, y mujeres que tiren de sus carretas, y criaturas que perecen de hambre? Si es tan *civilizado*, ¿por qué no cruza de ferrocarriles sus desiertos? Si tiene *igualdad*, ¿por qué unce a las mujeres a los carros? Si tiene *fraternidad*, ¿por qué deja que haya mendigos...? ¡Terrible sarcasmo para el infortunio de estas pobres gentes son esas voces de *liberté, égalité, fraternité*!» (11/10/1851: 323; la cursiva es de la autora).

Más adelante, en el viaje en tren entre Tours y París, la proximidad de un vagón repleto de becerros le inspira una reflexión burlona sobre la aplicación francesa de los conceptos de fraternidad y de igualdad (11/10/1851: 326). La visita al cementerio Père-Lachaise de París le sirve para determinar ácidamente que «El París de los muertos es también donde se cumplen las condiciones de la nueva república», aunque el posterior descubrimiento de la fosa común, una novedad que impacta en el ánimo de la autora, la lleva a corregir su primer juicio: «Ni en el cementerio es verdadero el lema que han escrito en su puerta los franceses: *Liberté, Egalité, Fraternité*; a no ser que llamen *libertad* la que tienen los difuntos en la inmensa hoya, a no ser que llamen *igualdad* a la confusión con que los sepultan, a no ser que llamen *fraternidad* al acto impío de hacerlos reposar a unos sobre otros.» (03/01/1852: 6; la cursiva es de la autora).

33 Los tres son materia de burla o de crítica acerba por parte de la autora. Al socialismo le achaca humorísticamente el hecho de que las fondas francesas ofrezcan «*café y cuadra*», es decir avituallamiento simultáneo para individuos y bestias, igualándolos así en su condición (11/10/1851: 322). Ante la fosa común del cementerio Père-Lachaise, Coronado aprovecha para lanzar también un dardo envenenado al comunismo («En aquella fosa es donde ha resuelto la Francia el gran problema del comunismo») y a las «asociaciones» parisinas («una *asociación*... de muertos!») (03/01/1852: 6; la cursiva es de la autora).

demostrado es que hasta en las tumbas se oculta en París la revolución; que hasta los muertos son en París revolucionarios» (24/01/1852: 38).

Algo similar ocurre en la visita a los subterráneos del Panteón parisino. La tumba de Voltaire le permite un análisis en el que da rienda suelta a su inquina hacia uno de los grandes ideólogos del credo revolucionario, al que no se priva de calificar de ateo, soberbio, incrédulo, insensible, maligno, bufón y un largo etcétera de improperios de diverso calado, procedentes, según señala la autora, no solo de su propia «conciencia religiosa» sino también de la literaria.³⁴

De esta manera, sea cual sea el destino de su visita diaria a los diferentes rincones de París, no hay uno solo que no le suscite una disquisición de tinte ideológico, destinada por lo general encumbrar el modelo español —valores morales derivados del tándem monarquía y religión— aun a costa del menor desarrollo del país, frente a las brechas sociomorales y al caos político de la supuesta *civilización* francesa, impregnada de superficialidad y de materialismo: ³⁵ «¿Qué hacen ahora arriba?», se pregunta desde las profundidades de las catacumbas de París. Y continúa:

¿quién es rey? ¿quién gobierna? preguntan los de aquí abajo, y nadie responde. ¿Y quién puede responder? Los vivos no lo saben mejor que los muertos. Pronto acaso volverá a resonar el choque de las espadas y se sabrá por qué estaba tan silencioso París (24/01/1852: 38).³⁶

En definitiva, Coronado examina el modelo francés desde su ideología de clase, desde un liberalismo promonárquico,³⁷ fervientemente católico³⁸ y profundamente patriota,³⁹ temeroso de los extremismos y defensor de la esencia de lo propio frente a las incertidumbres de la modernidad ultrapirenaica.⁴⁰ En este punto, aunque los objetivos de su

³⁴ «Tan pronto como Voltaire se avecindó en el Panteón, el templo fue abandonado por la divinidad» (10/01/1852: 18). En sus habilidades literarias, Voltaire se le antoja un escritor frío, duro, seco, sin entusiasmos, alguien «que no ha escrito nunca cosa buena, porque siempre elegía el asunto malo». En su lugar, le recomienda a su hermano Emilio la lectura de Rousseau, especialmente de la obra del mismo nombre, «tan buena como todo lo que producía su hermoso talento, combinado con su delicada sensibilidad» (10/01/1852: 19).

³⁵ Como bien explica Torres Nebrera, idénticas inquietudes aparecerán en sus *Poesías* de 1852 y en las posteriores (199: 73-77; 83-85).

³⁶ Recordemos que el viaje de Coronado durante el mes de julio de 1851 se produce en una etapa de inestabilidad de la política francesa. Tan solo unos meses después, el 2 de diciembre, se produciría el golpe de estado de Napoleón III, seguido de la represión y aniquilación de sus oponentes.

³⁷ «[...] la palabra *monarquía* es aquí [Francia] un crimen. Esta misma palabra que allá [España] es una virtud» (11/10/1851: 323). Así responde, de hecho, Coronado a las preguntas de Víctor Hugo sobre el régimen político español:

—¿Sois felices con la monarquía?

—Creo que somos menos desgraciados que en Francia con la república.

—¿Amáis a vuestra joven reina?

—¿Y cómo no amarla, señor, siendo tan buena? (21/02/1852: 79)

Por otro lado, sus manifestaciones anticarlistas son taxativas, como bien se observa a su paso por las «provincias Vancongadas»: «[...] todavía al doblar un cerco, al descender a un valle de este pintoresco país, veo bajo la boina el rostro del faccioso negro y sombrío animado todavía por el rencor y la pena» (27/09/1951: 310).

³⁸ Aunque la defensa de la religión es constante en el texto de Coronado, se hace especialmente notoria durante su visita a Notre-Dame, cuyo ambiente festivo y escaso recogimiento incomodan a la autora: «¿Quién oye el canto de los sacerdotes en medio del estruendo de las revoluciones que agitan a París? *Nuestra Señora*, rodeada de agua por todas partes, parece una barca que aguarda en medio de París el momento de embarcar a los naufragos de la revolución» (14/02/1852, 66).

³⁹ «Con esto pienso desesperar a los franceses cuando me enseñen la columna de *Vendôme*. Ellos están muy ufanos con su gloria; pero nosotros lo estamos más con la nuestra. [...] Napoleón es su héroe, los nuestros son cada uno de los españoles que mató a un francés» (27/09/1851: 310).

⁴⁰ Con esta contundencia, por ejemplo, defiende el reparto de correo a la manera nacional, es decir, en carro, frente al uso del tren de vapor: «Más segura va la correspondencia con los bueyes que con el vapor. Nuestros gobiernos, siempre previsores, siempre astutos, no han querido ni quieren fiarse del exaltado gas en tanto que dispongan de

viaje son, a grandes rasgos, muy similares a los que se observa en los testimonios de otros viajeros románticos —el acercamiento a Europa como forma de autoconocimiento nacional (Peñate Rivero, 2011: 265)—, Coronado no necesariamente coincide con aquellos que, como Mesonero, Ayguals o Lafuente, pretenden mostrar a sus compatriotas las excelencias de la modernidad (Díaz Larios, 1996: 116), ya que, para la autora extremeña, ese camino hacia la civilización comporta inasumibles riesgos ideológicos y morales.

Pues bien, es la posición de autoridad que le confiere su estatus sociofamiliar la que permite a Coronado esquivar las preceptivas resistencias de la modestia y la prudencia femeninas al discurso público, para ofrecer abierto testimonio de su manera de ver el mundo y de entender la realidad nacional a través del cotejo con la otredad europea. Para refrendarla, además, recurre a un constante diálogo con la historia y con la tradición literaria, lo cual no solo constituye una práctica característica de la escritura de viaje (Romero Tobar, 2005: 132), sino una estrategia habitual entre quienes, como las mujeres, han venido compensando su falta de *auctoritas* apelando a la ajena para insertarla en su propio discurso, y/o haciendo acopio textual de erudición. Así, historia,⁴¹ material legendario y literatura se entretajan en cada uno de los episodios del viaje con las experiencias personales de Coronado, de tal forma que lo prestado —el conocimiento constantemente actualizado en el relato— refuerza lo propio —las emociones, las perspectivas y las opiniones de la autora— y consigue investir su discurso por vía indirecta de una solidez intelectual que resulta, así, más sostenible para una mujer.

Al recurrir a la intertextualidad, Coronado se revela, además, como una lectora de pura cepa romántica: el *Romancero General* de Durán (27/09/1851), *La batelera de pasajes* de Bretón de los Herreros (27/09/1851), *La doncella de Orleans* de Schiller (11/10/1851), Espronceda, Zorrilla, Hartzenbusch (21/02/1852) y Victor Hugo (14/02/1852; 21/02/1852), son algunos de los referentes literarios que se hacen presentes o con los cuales la autora entra en diálogo en su discurso. El caso más persistente, no obstante, corresponde precisamente a un libro de viajes, las cartas sobre España de Alejandro Dumas⁴² (*Impresiones de voyage: De Paris à Cadix*), traducidas en diversas ocasiones a nuestro idioma antes del ecuador del siglo⁴³ y profusamente criticadas, no solo por sus editores nacionales, sino por toda la prensa española del momento por lo que se entendió como una visión sesgada de la realidad española (Lafarga, 2008). El fervor patrio de Coronado, que se hace bien patente a lo largo de este viaje, tolera con gran dificultad los «insultos» (11/10/1851: 323) del escritor francés y aprovecha las escenas de miseria que presencia a su paso por las Landas para vengar el agravio, denunciando con acritud la imagen atrasada e incivilizada que, a su parecer, había ofrecido Dumas de la España de 1846. También su encuentro con Victor Hugo le sirve a Coronado para desacreditar al autor de *De Paris à Cadix*, al que acusa de ingratitud hacia España y de fabricar falsamente un cuadro folclórico nacional, de «bailarinas» y de «manolas» que no representa la auténtica realidad del país (21/02/1852: 78).

bueyes. ¿Qué diferencia puede haber en la rapidez de las comunicaciones: horas, días, semanas? ¿Qué es esto para los siglos! ¡qué es esto para las eternidades! Además que también en España tenemos ya vapor. Los extranjeros no tienen más que vapor; nosotros tenemos vapor y bueyes» (27/09/1851: 311).

⁴¹ Los personajes y episodios históricos españoles y franceses, coetáneos o no, se suceden en cada una de las etapas del itinerario de Coronado, desde Rodrigo Díaz de Vivar hasta Napoleón, pasando por Juan II, Enrique de Trastámara, Ravaillac, Enrique IV, Juana de Arco, Margarita de Orleans, Diana de Poitiers, Luis XVI, las guerras carlistas, etc.

⁴² El original de Dumas, que recogía sus impresiones del viaje realizado a España en octubre y noviembre de 1846, se publicó originalmente unos meses después en *La Presse*, entre el 12 y el 17 de marzo de 1847, y en volumen ese mismo año.

⁴³ Tanto W. Ayguals como V. Balaguer las habían traducido en 1847, el primero en Madrid, con el título *España y África. Cartas selectas escritas en francés por Alejandro Dumas*, y el segundo en Barcelona, con el de *Viajes de Alejandro Dumas por España y África*.

4. CONCLUSIONES FINALES

El estudio en las páginas precedentes de «Un paseo del Tajo al Rhin» nos ha permitido observar cómo la adopción de una voz de autoridad capaz de armar la construcción literaria del viaje con el capital cultural y simbólico necesario para su visibilización en el campo editorial, genera tensiones discursivas entre las restricciones derivadas del género sexual de su autora, por un lado, y los requisitos propios del género textual en el que esta busca su hueco, por otro. Para atemperar estas tensiones, Coronado mantiene simultáneamente la escritura del viaje en un doble plano, de forma que la autoridad emocional, ya reconocida para las mujeres, sirve de pretexto y de vía de acceso hacia la autoridad intelectual, donde les convenía moverse con cautela. Precisamente, trayendo a su propio texto sus conocimientos, sus lecturas y los debates de su tiempo, es decir, desde la privilegiada plataforma que le proporciona su posición sociocultural, Coronado vence las limitaciones de género y se reivindica a sí misma como comentarista informada, logrando dotar a su voz de un predicamento que difícilmente hubiera podido hacer suyo por otros medios.

Es así como esta muestra única de escritura de viajes de Carolina Coronado, a más de aproximarnos a otros perfiles de la autora que se superponen a los aprendidos a través de su profusa labor poética, nos instruye acerca de las posiciones adoptadas por las escritoras decimonónicas españolas a la hora de comenzar a incardinarse literariamente en un género donde su presencia era más que escasa. En definitiva, esta dimensión, inexplorada hasta el momento, del diario de viaje de Carolina Coronado, lo revela como un espacio inesperado para la visibilización y la afirmación de la autoridad femenina en la España de 1850.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ADAIR, Gigi, y Lenka FILIPOVA (2020), «Gendered Travel and the Genre of Travel Writing», en Gigi Adair y Lenka Filipova (eds.), *Encountering Difference. New Perspectives and Gender*, Wilmington, Vernon Press, pp. xvii-xxx.
- ALBUQUERQUE-GARCÍA, Luis (2011), «El “relato de viajes”: hitos y formas en la evolución del género», *Revista de Literatura*, vol. LXXIII, nº 145, pp. 15-34.
- BASSNETT, Susan (2002), «Travel Writing and Gender», en Peter Hulme y Tim Youngs (eds.), *The Cambridge Companion to Travel Writing*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 225-241.
- BIEDER, Maryellen (2001), «Gender and Language: The Womanly. Woman and Manly Writing», en Lou Charnon-Deutsch y Jo Labanyi (eds.), *Culture and Gender in Nineteenth-Century Spain*, Oxford, Oxford University Press, pp. 98-119.
- BIRD, Dúnlaith (2015), «Travel Writing and Gender», en Carl Thompson (ed.), *The Routledge Companion to Travel Writing*, London, Routledge, pp. 35-45.
- BOHLS, Elizabeth A. (1995), *Women Travel Writers and the Language of Aesthetics, 1716-1818*, Cambridge, Cambridge University Press.
- CASTILLA, Alberto (1987), *Carolina Coronado de Perry*, Madrid, Beramar.
- BOURGUINAT, Nicolas (2008), «Voyage et genre, une interrogation renouvelée», en Nicolas Bourguinat (dir.), *Le voyage au féminin. Perspectives historiques et littéraires (XVIII-XXe siècles)*, Strasbourg, Presses Universitaires de Strasbourg, pp. 7-18.
- COLBERT, Benjamin, *Women's Travel Writing, 1780-1840: A Bio-Bibliographical Database*, University of Wolverhampton, <https://btw.wlv.ac.uk/>
- COMELLAS AGUIRREZÁBAL, Mercedes (2014), «Viajes y aprendizaje. Del Gran Tour dieciochesco al viaje romántico», en Eloy Navarro Domínguez (ed.), *Imagen del mundo: seis estudios sobre literatura de viajes*, Huelva, Universidad de Huelva, pp. 67-125.

- CORONADO, Carolina (1851-1852), «Un paseo desde el Tajo al Rhin. Descansando en el Palacio de Cristal», *La Ilustración*, 27/09/1851, tomo III, nº 39, pp. 310-311; 11/10/1851, tomo III, nº 41, pp. 321-326; 03/01/1852, tomo IV, nº 1, pp. 5-6; 10/01/1852, tomo IV, nº 2, pp. 18-19; 24/01/1852, tomo IV, nº 4, p. 38; 14/02/1852, tomo IV, nº 7, p. 66; 21/02/1852, tomo IV, nº 8, pp. 78-79.
- DÍAZ LARIOS, Luis F. (1996), «Los viajeros costumbristas», en *Romanticismo 6. Actas del VI Congreso (Nápoles, 27-30 de Marzo de 1996). El costumbrismo romántico*, Roma, Bulzoni, pp. 109-116.
- DOLAN, Brian (2001), *Ladies of the Grand Tour: British Women in Pursuit of Enlightenment and Adventure in Eighteenth-Century Europe*, New York, Harper Collins.
- FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel (1852), «Apuntes biográficos de la señorita doña Carolina Coronado», en Carolina Coronado, *Poesías de la señorita doña Carolina Coronado*, Madrid, Oficinas y Establecimiento Tipográfico del Semanario Pintoresco y de La Ilustración, pp. 1-4.
- FOSTER, Shirley, y Sara MILLS (1991), *Discourses of Difference: An Analysis of Women's Travel Writing and Colonialism*, London, Routledge.
- FRAWLEY, María H. (1994), *Wider range: Travel Writing by Women in Victorian England*, London and Toronto, Associated University Press.
- FREIRE LÓPEZ, Ana María (2012), «España y la literatura de viajes en el siglo XIX», *Anales de Literatura Española*, nº 24, pp. 67-82.
- GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, Carlos (1993), *La literatura de viajes en el siglo XIX: análisis y bibliografía de viajeros españoles por el mundo*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- GONZÁLEZ TROYANO, Alberto (2005), «Del viajero ilustrado al paseo literario», en Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui Elduayen (coords.), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Madrid, Akal, pp. 151-157.
- LAFARGA, Francisco (2008), «Corrigiendo al gabacho. Intervención de los traductores en la primera versión española de *De Paris à Cadix* de Alejandro Dumas», en María José Hernández Guerrero y Salvador Peña Martín (eds.), *La traducción, factor de cambio*, Berna, Peter Lang, pp. 13-26.
- LAFUENTE, Modesto (1842), *Viajes de Fr. Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin*, tomo II, Madrid, Establecimiento Tipográfico.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de (1943), «El Español fuera de España», en *Los Españoles pintados por sí mismos*, vol. II, Madrid, Boix, pp. 442-431.
- MILLS, Sara (1991), *Discourses of Difference. An Analysis of Women's Travel Writing and Colonialism*, London, Routledge.
- MONICAT, Bénédicte (1996), *Itinéraires de l'écriture au féminin. Voyageuses du XIXe siècle*, Amsterdam, Atlanta, Rodopi.
- NUNLEY, Gayle Roof (2014), «Un paseo desde el Tajo al Rhin». El París de Carolina Coronado», *Siglo diecinueve: literatura hispánica*, nº 20, pp. 39-41.
- ORTAS DURAND, Esther (2005), «Apéndice bibliográfico sobre viajes y viajeros por España en los siglos XVIII y XIX», en Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui Elduayen (coords.), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Madrid, Akal, pp. 93-103.
- PEÑATE RIVERO, Julio (2011), «Viajeros españoles por Europa en los años cuarenta del siglo XIX: tres formas de entender el relato de viaje», *Revista de Literatura*, vol. LXXIII, nº 145, pp. 245-268.
- PÉREZ GONZÁLEZ, Isabel (1999), *Carolina Coronado (Del Romanticismo a la crisis de fin de siglo)*, Badajoz, Diputación Provincial.
- PORTER, Dennis (1991), *Haunted Journeys. Desire and Transgression in European Travel Writing*, Princeton, Princeton University Press.

- ROMERO TOBAR, Leonardo (2005), «La reescritura en los libros de viaje: las *Cartas de Rusia* de Juan Valera», en Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui Elduayen (coords.), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Madrid, Akal, pp. 129-150.
- SEOANE, M.^a Cruz (1996), *Historia del Periodismo en España*, Madrid, Alianza.
- SIEGEL, Kristie (2004), *Gender, Genre & Identity in Women's Travel Writing*, New York, Peter Lang.
- THOMPSON, Carl (2011), *Travel Writing*, Abingdon, Routledge.
- THOMPSON, Carl (2017), «Journeys to Authority: Reassessing Women's Early Travel Writing, 1763-1862», *Women's Writing*, vol. 24, n° 2, pp. 131-150.
- TORRES NEBRERA, Gregorio (1993), «La obra poética de Carolina Coronado», en *Carolina Coronado. Obra poética*, vol. 1, Mérida, Editora Regional de Extremadura, pp. 11-99.
- VALIS, Noël (1991), «Introducción», en Carolina Coronado, *Poesías*, Madrid, Castalia / Instituto de la Mujer.
- WOLFZETTEL, Franz (2005), «Relato de viaje y estructura mítica», en Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui Elduayen (coords.), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Madrid, Akal, pp. 10-24.
- WOOD, Jennifer Jenkins (2014), *Spanish Women Travelers at Home and Abroad, 1850-1920*, Plymouth/Lanham, Maryland, Bucknell University Press/ Rowman & Littlefield.